

El futuro de las bibliotecas escolares en España

Juan Manuel Muñoz Aguirre.
Bibliotecario del Ayuntamiento
de Alcalá de Henares (Madrid)

Dentro del cuadro general del Sistema Español de Bibliotecas, caracterizado por sus notables deficiencias y por su atraso histórico, las bibliotecas escolares constituyen un campo particularmente desolado. Cualquiera podría enumerar sus carencias: locales inadecuados (a veces poco más que un almacén o un aula en desuso), colecciones bibliográficas escasas y obsoletas, falta de profesionales capacitados para llevar adelante su gestión, horarios insuficientes, etc. Todo ello se resume en la inexistencia de un marco legal adecuado: la LOGSE apenas menciona de pasada a las bibliotecas escolares, y algunas disposiciones posteriores, de rango menor, la sitúan entre las actividades complementarias o, incluso -¡asómbrense!-, entre las extraescolares.

A estas alturas, y sometidos como estamos a una ofensiva deliberada contra lo público en general y contra la enseñanza pública en particular, pretender adecuar nuestras menesterosas bibliotecas escolares para intentar que se parezcan lo más posible a una biblioteca al uso, es sencillamente una batalla perdida. Es preciso ir más allá, mirar más lejos. Y, con la dosis justa de utopía, hacer propuestas concretas, viables, que puedan convertir a las bibliotecas escolares españolas en centros dinámicos y útiles para sus usuarios.

Propuestas que han de ser necesariamente críticas y, sobre todo, autocríticas, porque muy a menudo se tiende a emplear, cuando se habla sobre este asunto, un discurso doliente, lastimero, lleno de quejas hacia la incomprensión que la sociedad, o las autoridades administrativas, o todos ellos, muestran hacia la benemérita labor que se lleva a cabo en las bibliotecas. Este es un error conceptual, de raíz. Si la sociedad o las autoridades no nos reconocen ni nos comprenden ni nos dan presupuestos suficientes, es simplemente porque no nos necesitan, porque aquello que ofrecemos, o bien no interesa o bien se encuentra mejor y más barato en otros sitios. Es responsabilidad nuestra, de bibliotecarios y docentes, crear dicha necesidad. Y en ese sentido apuntan, entendidos como elementos de reflexión o debate, las siguientes proposiciones sobre el futuro de las bibliotecas escolares en España.

Integración en un nuevo concepto de educación

Una biblioteca escolar moderna es impensable sin replantear por completo el concepto mismo de educación. Largo me lo fiáis, podrá pensar alguien, pero no es así: la educación está cambiando, y a pasos acelerados, porque el mundo, la realidad en torno, también lo está haciendo. Modificar el concepto de educación no será, pues, no esta siendo, un acto de voluntad, la consecuencia de un diseño prefijado, sino tan sólo la adaptación a un cambio social y tecnológico muy profundo.

Y ese nuevo concepto de educación se resume en una sola palabra: *autoaprendizaje*, eso que tantas veces se ha definido como *aprender a aprender*, la autonomía del alumno en el proceso educativo que pasa de ser un sujeto pasivo, receptor, a ser un sujeto activo. Frente a la educación tradicional -basada en dos elementos: el profesor y el libro de texto-, es preciso plantear y desarrollar otro modelo que parta de los abundantes flujos de información que se ofrecen al alumno. Éste no puede seguir formándose tan sólo en el ámbito cerrado del aula; fuera de ella hay un sinfín de datos, una multitud de informaciones que sólo él, él solo, debe aprender a manejar y discriminar.

En el marco de este nuevo concepto educativo -que, insisto, nos viene dado por la evolución de la sociedad- las bibliotecas escolares deben ocupar un puesto central. Naturalmente, no las que hoy tenemos, envejecidas, inadecuadas y que, en el mejor de los casos, ofrecen servicios que parten de un concepto bibliotecario simplemente decimonónico, sino otro tipo de centros, abiertos, abiertos, eficaces, integrados en el proceso educativo y capaces de adaptarse a las necesidades de sus usuarios.

Un nuevo concepto de servicio

Ese nuevo concepto de enseñanza y de biblioteca escolar debe traducirse, inevitablemente, en un nuevo concepto de servicio. Las bibliotecas de nuestros centros escolares no pueden continuar siendo simples salas de estudio, prolongación del aula en sus aspectos más pasivos y menos enriquecedores. Es preciso pasar a considerar a los usuarios de estos centros como a clientes que necesitan y exigen una buena atención. Si el usuario de una biblioteca tiene derecho a esperar un buen servicio público porque, al fin y al cabo, sostiene ese centro con sus impuestos, el usuario de una biblioteca escolar tiene exactamente el mismo derecho.

Ese nuevo concepto de servicio obliga a que la biblioteca escolar adopte, para empezar, un papel activo; no debe limitarse a recibir demandas: debe crearlas, debe ser capaz de crear la necesidad misma de su existencia. ¿Cómo? Pues empezando por algo tan simple como darse a conocer dentro del centro educativo, ofreciéndose, trabajando en coordinación con los departamentos y seminarios, adelantándose a lo que nuestros usuarios van a necesitar. Y, en segundo lugar, debe ir más allá de los servicios tradicionales de préstamo y lectura en sala. Hoy en día, una biblioteca es -o debería ser- un centro de documentación y de difusión informativa. Ofrecer los múltiples recursos informativos actuales y enseñar a manejarlos es una función principal de entre las que incumben a una biblioteca escolar.

Pero, como es natural, todo esto exige una planificación a largo plazo que no puede llevarse a cabo sin gestores profesionales, con plena dedicación y con la preparación adecuada.

Profesionalizar la gestión

Este es el debate eterno cuando se habla de bibliotecas escolares.

¿Quién debe encargarse de su gestión: un docente con alguna formación en biblioteconomía o un bibliotecario profesional con conocimientos pedagógicos? La pregunta no es baladí, y no lo es sobre todo para aquellos que cursan actualmente un diplomatura o licenciatura en Biblioteconomía y Documentación, y desean trabajar en el campo de las bibliotecas. Las bibliotecas escolares serían una vía excelente -por amplia- para absorber una oferta de trabajo que empieza ya a ser muy grande para un mercado laboral reducido.

El problema estriba en que la creación de la figura del bibliotecario escolar es algo que no va a ocurrir mañana, ni el año que viene, ni en un futuro previsible. Pero, mientras tanto, las bibliotecas están ahí, mal o bien, más mal que bien, y las generaciones de estudiantes se suceden sin tener posibilidades reales de aprender a manejar la información, sin poder utilizar los recursos necesarios, y sin que alguien capacitado pueda orientarles en medio de una selva de signos y significados.

La única solución viable actualmente, mientras suena la hora de la inclusión en plantilla de bibliotecarios profesionales, consiste en seleccionar profesores que estén interesados en este asunto, formarles en las técnicas básicas de la biblioteconomía y, tras liberarlos por completo de sus labores educativas, encargarles la gestión de la biblioteca escolar de su centro. No es admisible que las bibliotecas escolares de nuestro país se hallen en manos de objetores de conciencia, de padres voluntariosos o de docentes que, a lo sumo, disponen de tres o cuatro horas semanales para dedicar a esa tarea. Sólo a partir de dedicación exclusiva podrán llevarse a cabo proyectos sólidos y alcanzar algún resultado tangible.

De bibliotecas a mediatecas

Un nuevo concepto de sus funciones y servicios, más la necesidad inevitable de profesionalizar la gestión de las bibliotecas escolares, implican algo más: un objetivo.

Según encuestas recientes, más del 90% de las bibliotecas escolares españolas tienen colecciones formadas en exclusivas por libros y, como mucho, por publicaciones periódicas; es decir, se continúa valorando el libro como la única fuente de información válida, y se desprecia aquellos soportes documentales distintos al soporte papel. Ello conduce a la aparición de un analfabetismo tecnológico que, en una sociedad donde la información significa conocimiento y poder, supone un lastre definitivo en cuanto a las posibilidades de movilidad social, de acceso al mercado de trabajo e, incluso, de simple subsistencia.

Muchas bibliotecas -y, de forma especial, las más atrasadas: las escolares- son hoy centros obsoletos, emisores de información no pertinente, reductos ajenos al mundo real que no ofrecen casi nada de lo que nuestros usuarios demandan. Y no hay alternativas, sino un solo camino: o las bibliotecas asumen de una vez eso que todavía seguimos llamando, a estas alturas, *nuevas tecnologías*, o el cambio social en marcha las hará desaparecer.

Y no se trata, por supuesto, de renunciar al libro ni al placer incomparable de la lectura, sino tan sólo de ir incorporando otros soportes, otros vehículos de información, a la oferta documental que podamos hacer. Se trata de convertir nuestras viejas bibliotecas, haciendo convivir los documentos en formato papel con todos los nuevos recursos que pululan por la sociedad y que, durante demasiado tiempo, hemos considerado poco menos que perversos. El objetivo debe ser unirse al enemigo, tal vez para descubrir que en realidad no es sino un aliado.

Trabajar en cooperación

En gran parte de la no muy abundante literatura profesional, siempre en algún lado, se dice algo que es inobjetable: las bibliotecas escolares deben funcionar en red. Perfecto. Pero ¿cómo?, ¿dónde están esas redes?, ¿a qué clavo ardiendo puede aferrarse el responsable de una biblioteca escolar que quiera ofrecer un mejor servicio a sus usuarios?, ¿quién puede cooperar con él para darle aquello que necesita y que, con sus solos medios, no alcanza? La realidad no ofrece muchas posibilidades, pero alguna existe. ¿Cuál? Pues, hoy por hoy, la

única instancia que puede tirar del carro de las bibliotecas escolares y ayudarlas en su desarrollo es la biblioteca pública.

Esta es, desde luego, una afirmación discutible, una hipótesis fuerte, porque la situación de las bibliotecas públicas en España no es óptima, pese a los indudables avances que se han producido en los últimos diez o quince años. Buenas están las bibliotecas públicas de este país, dirá alguien, como para echarse a los lomos a las escolares. Pero es que, en gran medida, ya lo están haciendo; las bibliotecas públicas llevan años cumpliendo funciones supletorias, que no complementarias, de las bibliotecas escolares. Y es lógico que así sea, porque los alumnos tienen necesidades informativas, y el hecho de que su biblioteca escolar no pueda satisfacerla no quiere decir que estas desaparezcan: simplemente intentan satisfacerlas en otro sitio. ¿Dónde? Pues en la biblioteca pública, el único lugar al que pueden acudir.

El problema radica en que la biblioteca pública está cumpliendo dichas funciones de mala manera, y, en gran parte, por culpa de los bibliotecarios. Afirmo esto porque a pesar de lo mucho que nos quejamos quienes trabajamos en bibliotecas públicas, a pesar de los problemas de saturación que sufrimos, a pesar de que tenemos que acoger a niños y adolescentes que vienen a nosotros cuando deberían acudir a sus biblioteca escolar -si pudiesen-, a pesar de todo eso, nos resulta más cómodo quejarnos que sentarnos a elaborar programas cooperativos concretos, mensurables, con las bibliotecas escolares de nuestro entorno. Programas cooperativos que podrían centrarse en múltiples aspectos: suministros de información, formación profesional para docentes, formación de usuarios, cooperación en actividades de animación a la lectura, asesoramiento organizativo, adquisiciones compartidas, etc. Las posibilidades son casi ilimitadas. Pero ¿cómo establecer esos programas cooperativos?

En el caso de pequeñas poblaciones, o de poblaciones medianas, que cuenten con una buena red de bibliotecas públicas, las dificultades son menores porque la relación es más directa y, en consecuencia, las trabas administrativas disminuyen o pueden eludirse con más facilidad.

En el caso de grandes ciudades, sin embargo -y, por supuesto, de circunscripciones mayores: comarcas, provincias-, el asunto es más complicado. Primero, porque hay un problema de magnitudes: ya no se trata de cooperar con nuestro vecino, sino con personas que no conozcamos y con las que apenas nos relacionamos.

Segundo, porque a mayores dimensiones, mayores costes, y eso implica contar no sólo con la buena voluntad de los cooperantes sino con algo tan frío como son los presupuestos. Y, tercero, porque las dificultades burocráticas a salvar son mayores.

La única solución viable estriba en contar con algo que a menudo se desprecia, injustamente en mi opinión, incluso por parte de los propios docentes: me refiero a los Centros de profesores y Recursos. Esa debe ser la plataforma de encuentro entre la biblioteca pública y la escolar. Para empezar, los CPRs tienen una estructura amplia, con poco menos de doscientos centros repartidos por el territorio; además, están gestionados por los propios docentes, es decir, por personas que conocen estos problemas, se han enfrentado a ellos y, por tanto, están interesados en su solución; y, por último, tienen una capacidad de coordinación con respecto a los centros educativos que engloban como nunca podrá tener una biblioteca pública.

Función democratizadora

Un nuevo concepto de servicio, profesionalización de la gestión, transformación de las bibliotecas en mediatecas, establecimiento de programas cooperativos... Todas estas propuestas, y otras que podrían hacerse, sólo tendrán sentido si ayudan a cumplir la función esencial de toda biblioteca en general y de una biblioteca escolar en general: me refiero a la función democratizadora. Como saben incluso aquellos que defienden lo contrario, la enseñanza no es algo inocente, neutro, igualitario. Tiene siempre un fuerte sesgo ideológico y parte de distinciones sociales evidentes. Los medios, el funcionamiento, la existencia misma de las bibliotecas escolares, son asuntos igualmente trufados por dichas cuestiones ideológicas y sociales. No es idéntica la situación de las bibliotecas escolares en los centros públicos que en los privados; y, entre estos últimos, las diferencias son a menudo abismales.

Pero la biblioteca, también la escolar, tiene una función democratizadora, de servicio público igualitario, para todos, que no puede olvidarse. Facilitar el acceso de todos los ciudadanos -en este caso, de todos los miembros de la comunidad educativa- a la información, a los canales y flujos de la información, tan importantes hoy, es, de entre todas las que corresponden a una biblioteca escolar, la función principal.

Juan Manuel Muñoz Aguirre, licenciado en Sociología y Ciencias Políticas, es coautor del libro *La biblioteca, un centro de documentación escolar* (Ed. Narcea, Madrid-1997).